

EL CINE VISTO DESDE LA PANTALLA

CONFERENCIA DE ALFREDO MARIO FERREIRO EN EL "CINE CLUB" DE MONTEVIDEO

Grata tarea, señores, la de conversar al lado de una mudez; y más, aún, entrar comentarios junto a una pantalla que, por influencia de la palabra, dá ademanes de frescos en esta época de rigores estivales.

La pantalla de cine - sábana vertical y pulcra del lecho en que nació un nuevo arte, — tiene sus correspondientes trágicos en las membranas de los fonógrafos y en los micrófonos de las broadcastings.

La pantalla de cine ha visto resbalar por su epidermis todo cuanto puede ocurrir en la vida. Padeció todas las risotadas y chicleó todas las tragedias. Sin embargo, como a su alma recóndita no llega sino el cauteloso adar de Chaplín, veel como se mantiene tranquila, con ese noble sosiego que, a la postre, adoptan las mujeres muy asaltadas por el terrible oleaje del vivir.

Igualmente que la membrana del fonógrafo o que el micrófono de la radio, la pantalla de cine podría — si fuese lengua larga — decirlo o reflejarlo todo. Está en el secreto de las cosas y llora de deslumbramientos noche a noche, como mujer engañada.

Sin embargo, ni el cine ni el fonógrafo se arriesgan a decir algo sino cuando la oportunidad y el interés de alguien les obliga a ello.

¡Menudo escándalo se armaría en vuestras casas si a la membrana del fonógrafo se le ocurriese, así porque sí, ponerse a cantar de repente todas las músicas que sabe de memoria!

En este altísimo ejemplo de discreción podríamos demorar unos instantes. En estas épocas de charlas continuas sobre temas apenas aprendidos, este hablar a tiempo, y a solicitud de interesados, podría darme escalones para treparme a saber Dios qué frondosidades de experiencias destiladoras de consejos enderezados a enderezar vuestro régimen de vida.

Pero como no están las cosas como para que uno se ande metiendo en lo que hace o deja de hacer el vecino, apunto el detalle y sigo con esa despreocupación admirable que adopta el vigoroso expreso ferroviario al dejar, tras los farolillos de su último y cabeceante vagón, los andenes de una estacioncita de morondanga.

Por el femenino que hay en "pantalla", esta tela debe padecer incontenible curiosidad. Una curiosidad erizada de "porqués". Un continuo tenderse hacia averiguaciones. Ya que si hay algo que la tela nunca se explicará es el verse rodeada cotidianamente por una muchedumbre de caras que la contemplan con impaciencia de espera; y cuando la revelación va a producirse, se encarga el foco de una detestable maquinilla de deslumbrarla con su constante bombardeo luminoso. Triángulo de luz apretado por la base contra la tela y mantenido por el vértice en el encaje del obturador. La pobre pantalla hace esfuerzos sobretelares (ya que no humanos) para acoplarse una mano a modo de visera, y ver algo hacia adelante. Pero no puede. Chauffeur en calle angosta con puesta de sol

al fondo. Le lloran los ojos de sus poros, y empiezan las lágrimas a caer, en goterones de luz, hacia donde el sahumero de una orquesta se entretiene en evaporarlas con la furia ardiente de un paso doble galopado.

Por entre el runruneo del film, que masca chicles de situaciones dentro de la máquina, la pantalla percibe los "jah!" y los "joh!" de ese plantío de zapallos blancos que son las caras del público de planta. (Paisaje de luna, luz resbalada.) Y en medio de esta atroz incertidumbre transcurre el primer acto, encontrando ya los gestos cambiados cuando la luz de los candelabros ayuda a la pobre tela a mirar un poco el panorama que la circunda.

Este camino vertical — y por ende difícil — sólo está transitado por astros: orto — culminación — ocaso irremediable, al igual de los astros que remontan y lucen en la pantalla de los horizontes.

La luz juguetea a sus anchas. Esto viene a añadirle el complemento astronómico que faltaba. Llega la luz en su pillería a escabullirse de la máquina que la proyecta contra la tela para ir a encenderse, anulando el eclipse, los focos eléctricos del salón, en una jugarreta de film cortado, que acarrea deplorables consecuencias para los novios extremosos. (Coro de patadas en las plateas y picazón de polvillo de piso en las narices.)

Soy enemigo de las citas, pero me escarabaja una: la de Francis de Miamandre. Héla aquí: "El cine es el transatlántico del pobre". Transatlántico a vela, con esta vela blanca, izada permanentemente frente a los ventarrones de la luz, ciclón de imágenes disparadas, ametralladas, repiqueteadas. Gris y blanco, blanco y gris, gris y blanco. Y de repente, gangoso como un borracho, el sonoro y parlante, diciendo esas gansadas que sólo a los americanos del norte les está permitido decir a todos los vientos en la vida.

Transatlántico a vela, para cruzar Atlánticos desde el silloncito en que ahora estáis sentados. Sin que se os obligue, tan siquiera, a volver la cabeza para ver un detalle. La cámara es tan gentil que ella se amaña para captarlo todo, se inclina, se acuesta, se despatarra, torna a subir, corre, sube, baja, con tal de traer a esta pantalla en la conserva del film, los más auténticos pececillos de la novedad. Navegando lentamente, con vela blanca de proyección, vamos los pobres tripulando el transatlántico del cine, por un mar encrespado de mal gusto. De ese gusto pueril, tonto de remate, con que tiene que entretenerse un pueblo, el norteamericano, que acogota diariamente las crisis financieras más espantosas, para salvar a todo el mundo.

En los cines — concerts, la pantalla tiene mucho de lo que tiene la clueca. Al levantarse, de tiempo en tiempo, da salida a unos polvuelos de tonadilleras y bailarines que quedan piando su gracias an-

te los asombros progresivos del públicos de barrio.

Yo no sé, ni ustedes tampoco, señores, adónde se van las imágenes cinematográficas usadas. Adónde van a reunirse en cóncavo de gestos — como las reuniones de los sordomudos en las plazas, — las imágenes que la maquinilla al moerlas tira, sin cesar, a pañados, superponiéndose, contra esta indefensa pantalla blanca.

Yo no sé, señores, cómo este papel escante de figuras animadas, trasmite toda esa absorción a que se ve obligada durante varias horas del día.

Pero sí, por personal experiencia, que si corremos hasta el otro lado de esta pantalla, vemos que el notario que dejamos escribiendo normalmente con su mano derecha aquí, por detrás, lo hace con la izquierda, y lo más curioso del asunto es que ninguno de los otorgantes manifiesta la menor alarma por cuanto ocurre. Lo que ya indica a las claras que en la pantalla hay un filtro que obra con mágicas virtudes; y una de esas virtudes logra reducir la intensidad de los otorgantes de escrituras públicas, una de las intolerancias más irracionales que conozco.

¿Oyen ustedes esas patadas en las platas, esos silbidos a dos dedos, porque un zurdito sale escribiendo con la izquierda en la tela? ¿Cuántas coladas de imágenes serán muestreo para reducir la ferocidad de los públicos para con la pobre pantalla un cuanto ésta se equivoca? ¿Será por temor a que salga en izquierda la escritura?

¿El terror a la izquierda no es cosa pobre delocada por el cine. El temor a la izquierda poco su huecos y los incaba junto a los jurados oficiales.

La pantalla de cine es un libro abierto en una página permanente. Aquí en vez de correr las hojas corre el texto por sobre la tónica plana. De este modo han podido escribirse varias catástrofes: una, que los ventiladores del salón traspasasen las hojas al correr las escenas; y otra, eliminar ese fastidioso ingrediente de pasado lector: el señalar de hojas. Esa monotonía de clara e hucso que señala la página no llegó a aburrir. Tengo mis sospechas de que ha de llegar un día en que se invente al sostenedor de imágenes de cine. Entonces, cada espectador podrá irse a la hora que quiera dejando su imagen preferida clavada en la pantalla como mariposa de colección, para venir a revivirla al día siguiente o cuando se le ocurra.

Pedir, un redil para imágenes tras de la tela. Traerlas y tenselas, como de segunda mano, para venderlas a los cines baratos, a esos cines esquínos, que se aburren hasta perder la ondulación permanente del cine de sus techos grises.

La profesión de tropero de imágenes usadas de cine dará ocupación a multitud de estancieros aburridos. A todos esos estancieros que viven en Pochitos o en el hotel Campiotti, tomarán más desde las cines de la mañana, a la hora en que el último nocturno de La Comercial inicia su acelerado disparar hacia la Estación.

Embratadas las imágenes, gastadas por el uso, lejos del celuloide matriz que les daba — como la Tierra a Anteo — fuerza para esquivar censuras, estarán las pobres como ovejas de tablada a las puertas del frigorífico.

Lo ideal para mí sería colar imágenes

al través de mudas pantallas. Y ver si en cada tamiación, como ocurre con los metales, se purifica la naturaleza de cada imagen, y van dejando en las primeras telas el sedimento de feróz sosería que vienen empagadas desde Hollywood a la máquina que las proyecta.

Colar y colar imágenes, hasta addegarlas en estilizaciones capaces de dar la popota de maravilla que cada uno debe tener. Y entonces soltar una jauría de pintores notables que atrapan esa librecría para adobarla en maravillosas salsas de colores.

Y tan se preparan las imágenes para ese viaje así retorno al través de la pantalla, que vosotros las habréis visto, al finalizar el espectáculo, trezadas en escenas tan espontáneas tanto que, muchas veces, al separarse los losadores de media veera, los hilos de la tela que entre las bocas tejó una provechosa araña.

HOMENAJE

No quiero pasar a relatar a Vds. mi proyecto de Gran Cine, sin antes rendir un homenaje de nombres citados a los que por esta puerta blanca penetraron a nuestra memoria y allí se están como jilones de una época de cine que, particularmente, coincide con nuestros infantiles atavismos por las sadas de cinematografía.

Quiero citar — y que cada uno de Vds. sienta el escalofrío de un recuerdo — a Mack Sennet y sus bañistas; a Max Linder, a Perla White, Ruth Rosand, León Barry, Houdini, Eddie Polo, Charles Ray, Creighton Hale, Ralph Keller, June Caprice, Wallace Reid, Mary Pickford, Douglas Fairbanks, William Hart, Bessie Love, Sessue Hayakawa, Lillian Gish, Cahrie Chaplin, Pauline Frederick, Mae Murray, Pola Negri, Adolphe Menjou, Ralph Ince, Gloria Swanson, Van Dyke, Lita Fairchild, Lon Chaney, Buster Keaton, Harold Lloyd, Emil Jannings y Greta Garbo.

Ellos han entrado por esta puerta. Algunos volverán a entrar. Otros, han partido definitivamente hacia la muerte y no volveremos a verlos sino en el Gran Cine que, a continuación, propongo.

INVITACION AL GRAN CINE

Propongo la inauguración del Gran Cine. Haremos su plaza encima del desierto del Sahara cuyos arenas ahogan los pétalos de los impacientes. Con los modernos procedimientos de aire renovado, no tendremos que sufrir temerle al calor. Cine con lones sueltos y con oasia para esperar la novia que tarda en llegar a la hora del espectáculo. Hagamos el Gran Cine, el Cine del Mundo, con gradas de dunas móviles, como los vaqueros en que se adaptan las cámaras de filmación en Estados Unidos. E invitamos a ese nuestro Gran Cine a toda la población del planeta. ¿Qué proyectaremos que aquella monstruosa sala sin más paredes que las de la lusura de un cielo de desierto? Pues, sencillamente, la Vida. Proyectaremos el film de la Vida del Hombre, desde sus más remotos comienzos hasta la fecha. Que todo esto está filmado, aunque vosotros no lo creáis. El procedimiento es sencillísimo. Basta con que un buen par de espejos sea lanzado al espacio con una velocidad que, descontando la de 300.000 kilómetros por segundo de la luz, logre atrapar las puntas de los primeros rayos luminosos salidos de nuestro planeta.

En esos rayos, como en la punta de los nervios, estarán las imágenes más

irreflexas. Aquellas que no temblaron ante pintor ninguno ni ante ninguna Kodak, ni ante pupila alguna. Atrapada la luz, bastará con colocar los espejos a manera de dique y hacerla retroceder rumbo al planeta. Una vez logrado el retroceso, otro espejo monumental, colocado en el desierto del Sahara, dará para todo el Universo la proyección monstruosa del monstruoso proceso de nuestro planeta. Nos veremos vivir. Amanecerán las manitras con claridad de luz. Y los cuadros se irán sucediendo en la misma forma en que ocurrieron entre los impresionados por la luz con ellos. Allí no habrá fotografía capaz de haberle el retroceso. Así desfilará ante nuestros ojos la maravillosa proceso de toda la historia humana.

Veremos a Cristo, veremos a Attila, asistirémos a las Cruzadas, saldrá Zorilla ofreciendo versos mágicos — claro es — (porque las pintas del sonido son inaudibles). — y por último, a la zaga, aparecerá nuestra miseria de hombres aturidos. Nos veremos chibulines caminando por las calles de la mano de nuestra madre; aparecerán nuestro antepasados y comenzarán a eirse en la magnífica plera del desierto los bofetones más sonoros. Serán las reacciones de quienes fueron engañados con respecto a la paternidad de su consorte; y surgirán los clamores: millonario habrá que ofrecerá un mundo por un retoque que muestre a su abuelo administrando dinero en vez de estar barriendo calles, como aparece en la película traída del éter. Y todos los

hombres, helados de espanto, asistirán a la revelación espantosa de cuanto han sido, la historia no tendrá tiempo de modificarse tan en lo profundo y sobrenatural las mentiras como lutos cuermos y delatores. Hagamos el Gran Cine. Hagamos el Gran Cine para oír las carcajadas de los maritimos. ¿Cómo se iban a reír de nosotros, tan peñutales, los que vieran la raíz de nuestros miserables comienzos?

¿Al espacio los espejos? A la captura de la luz que se lleva en brazos lo irrevocable... A buscar las imágenes, para filmarlas a medida que pasan al galope por el espejo plantado al borde del desierto: véntilo de luz sobre pupilas azoradas.

Y he aquí otra cost magnífica: un desierto reventando de concurrencia... Ya veis como con el cine podrían trastroncar se en un momento todos los valores, Rejearía el esdrión mentirosos, resalte gloria al capitano embustero en la historia, acrecentar al héroe anónimo. Nadie sería nada una vez que se supiese todo.

Flotará un arco alborico sobre el mundo revuelto tan brutalmente.

Y qué humildad de violeta. Humilde

sube y baja en la vida después de esta

locución durísima.

He ahí el destino de la pantalla de cine: mejorar la humanidad. Mejorarla con el resorte de la máxima pureza: la luz, que entravística sus alforjas para contar — reñijándola — la miserable vida de los hombres de un planeta.

Dos Crónicas de Eugenio Montes

UNA ROCA AL ARCIPRESTE

Mañana fría, velazqueña. Por la carretera del Guadarrama los automóviles pasan, refutando al viento de otoño, oponiéndole argumentos de velocidad y de ímpetu. Un tropel de dulces vagabundos, deja los autos y se lanza montaña arriba. No llevan los errantes merienda ni mochila, ni en su rostro se advierte el curtidillo del alpinista. Se enoja que esa es gente que va a volver en seguida, sin intención de ganar el día en la naturaleza. Se trata en realidad de asistir a una cita. De celebrar una fugaz romería lírica, un mitin poético en torno a una roca. En torno a la roca que cierra incitativa feliz designo para la conmemoración del Arcipreste. El granito desvastado, el pico frontonero, dos fechas (1330-1390), una palabra sobria: "Al Arcipreste de Hita, cantor desta sierra, do gustó las gaas del río de Buen Amor".

Cerca la Tablana, la sierra pisada, falleme con Aldana, a la madrugada.

Un oro matinal da al ahe la serranía. Todá la sierra se puebla de alegría. Pasa a nuestra vera la montaras Gadea. Y pasa el viento, al trote, a lomos de mula, como pasaba en sus tiempos el buen Juan Ruiz.

Pensando en el Arcipreste en estas horas mañaneras y ascendentes, cuando más bella es la tierra de Castilla, va nuestra nostalgia hacia las horas mañaneras y ascendentes de la historia castellana. Castilla — No los dice en verso el poema de Fernán González — es, al comienzo, un pequeño rincón que va del río cántabro a los

puertos de Oca. Castilla es, pues, Cantabria. Va encanchiándose, a golpes de espada, el rincón castellano. En un momento forma el frente en el Duero y parece que allí se va a limitar. Castilla es un frente contra el moro — con la judería dentro — y es el paso de las peregrinaciones a Compostela, Tierra combativa y claustrante, popular y europea, llena de claros varones y de virtud. Llena también de labranza, de cortesía, de una emoción java, festiva, democrática y tolerante. Castilla es, entonces, muy otra cosa que lo que fué después. Castilla la Vieja muere en Castilla la Nueva. La nueva Castilla, la que vive en la llamada Reconquista, se hace dosmática, áspera, injusta, privilegiada. Se merie en la estufa de cartón de una retina soberbia y ostentada que aboga todo espontaneidad y toda sinceridad. E incluida en ese maniqueo de fatuidad y gigantomanía, aparta al pueblo de su Instituto y seca las fuentes de la vida española.

"La sierra y la altura, viento con gran aldrá, rosío con gran friura."

Queda la sierra del Guadarrama floreada de canchones. En unas horas mañaneras revive los tiempos de las troteras y danzaderas. Nos parece que Castilla vuelve a aprender a cantar y a bailar. Vuelve a aprender lo que sabía en su madrugada, cuando era compañera y no ama, cuando era campeleña y no artesana, cuando sin tesura ni acortamiento movía su cuerpo en la danza plural de la fiesta bélica y feza, sí pedatería, su palabra en medio de la varia y alegre frase de la vida española.